



HAL
open science

El discurso del género y del honor : Artemisia de Halicarnaso y Aminias de Palene en Herodoto

Violaine Sebillotte Cuchet

► **To cite this version:**

Violaine Sebillotte Cuchet. El discurso del género y del honor : Artemisia de Halicarnaso y Aminias de Palene en Herodoto. César Fornis. Los Discursos del Poder/El poder de los discursos en la Antigüedad Clásica, Libros Portico, pp.55-71, 2013, 9788479561239. halshs-01853892

HAL Id: halshs-01853892

<https://shs.hal.science/halshs-01853892>

Submitted on 20 Oct 2020

HAL is a multi-disciplinary open access archive for the deposit and dissemination of scientific research documents, whether they are published or not. The documents may come from teaching and research institutions in France or abroad, or from public or private research centers.

L'archive ouverte pluridisciplinaire **HAL**, est destinée au dépôt et à la diffusion de documents scientifiques de niveau recherche, publiés ou non, émanant des établissements d'enseignement et de recherche français ou étrangers, des laboratoires publics ou privés.



CÉSAR FORNIS (ED.) LOS DISCURSOS DEL PODER / EL PODER DE LOS DISCURSOS EN LA ANTIGÜEDAD CLÁSICA

LOS DISCURSOS DEL PODER / EL PODER DE LOS DISCURSOS EN LA ANTIGÜEDAD CLÁSICA



CÉSAR FORNIS (ED.)

LOS DISCURSOS DEL PODER / EL PODER DE LOS
DISCURSOS EN LA ANTIGÜEDAD CLÁSICA

LOS DISCURSOS DEL PODER / EL PODER DE LOS
DISCURSOS EN LA ANTIGÜEDAD CLÁSICA

CÉSAR FORNIS (ED.)

LIBROS PÓRTICO

Imagen de cubierta: “*Perikles, von Kleon und seinem Anhang wegen der Bauten auf der Akropolis von Athen angegriffen*” (1853), de Philipp von Foltz.

© Los autores

Maquetación del texto: Juan Luis López Fernández-Golfin

Maquetación de la cubierta: Lola Martínez Sobreviola

Edita: Libros Pórtico
Distribuye: Pórtico Librerías, S. A.
Muñoz Seca, 6 - 50005 Zaragoza (España)
distrib@porticolibrerias.es
www.porticolibrerias.es

ISBN: 978-84-7956-123-9
D.L. Z 1729-2013

Imprime: Ulzama Digital

Impreso en España / Printed in Spain

ÍNDICE

Prólogo	9
El discurso sofístico: el poder del <i>dēmos</i> en Protágoras <i>Domingo Plácido</i>	11
El discurso fúnebre: El <i>epitaphios logos</i> de Pericles en Tucídides <i>Adolfo J. Domínguez Monedero</i>	19
El discurso ecuménico: geografía griega e imperialismo persa en Heródoto <i>Francisco Javier Gómez Espelosín</i>	37
El discurso de género y del honor: Artemisia de Halicarnaso y Aminias de Palene en Heródoto <i>Violaine Sebillote Cuchet</i>	55
El discurso sobre el bárbaro: Aqueménidas, Arsácidas y Sasánidas en las fuentes grecorromanas <i>Manel García Sánchez</i>	73
El discurso sobre la democracia: las demegorías de Demóstenes <i>Laura Sancho Rocher</i>	111
El discurso romano republicano: filosofía, palabra y poder en Cicerón <i>Pedro López Barja de Quiroga</i>	129
El discurso sobre la monarquía: los discursos <i>Sobre la realeza</i> de Dión de Prusa <i>M^a José Hidalgo de la Vega</i>	141
El discurso a Roma: el <i>A Roma</i> de Elio Aristides <i>Fernando Lozano Gómez</i>	157
El discurso en la corte: retórica, ficción e interpretación histórica en Dion Casio <i>Juan Manuel Cortés Copete</i>	173
El discurso laudatorio cristiano y pagano: los panegíricos a Teodosio de Ambrosio y Pacato <i>Manuel Rodríguez Gervás</i>	189
El discurso ante el senado: la <i>relatio</i> de Anicio Acilio Glabrio Faustus <i>M^a Victoria Escribano Paño</i>	205

EL DISCURSO DE GÉNERO Y DEL HONOR: ARTEMISIA DE HALICARNASO Y AMINIAS DE PALENE EN HERÓDOTO

VIOLAINE SEBILLOTTE CUCHET
Université Paris 1 Panthéon-Sorbonne – UMR 8210 ANHIMA

Aminias de Palene es mencionado por Heródoto entre los atenienses receptores del premio al mejor combatiente (junto a otro ateniense y a un egineta) tras la batalla de Salamina. Según la traducción de Carlos Schrader en la edición de Gredos, Heródoto habría escrito esto:

En la batalla naval que nos ocupa los griegos que más elogios recibieron fueron los eginetas, seguidos de los atenienses; y, a título individual, el egineta Policrito y los atenienses Éumenes de Anagirunte y Aminias de Palene, el personaje que, precisamente persiguió a Artemisia. Por cierto que, si hubiera sabido que a bordo de aquella nave iba Artemisia, no habría cejado hasta haberla apresado o hasta haber sido hecho prisionero él, pues esa era la orden que habían recibido los triarcos atenienses; es más, incluso se había ofrecido una recompensa de diez mil dracmas para quien la capturase viva, ya que consideraban algo inadmisibles que una mujer hiciera la guerra a Atenas. Sea como fuere, Artemisia, como he dicho hace poco, logró escapar; y también se encontraban en Falero todos aquellos bárbaros cuyas naves se habían salvado (VIII 93).¹

Heródoto, que relata uno de los más famosos episodios de la segunda guerra médica, la cual enfrentó a un cierto número de griegos con un ejército persa dirigido por el Gran Rey Jerjes, tiene, ante su auditorio griego, un poco de lengua viperina: desliza de manera implícita una información poco benévola hacia el héroe unánimemente reconocido por sus compañeros. Aminias, dice el investigador, habría fracasado en una misión considerada muy importante: la captura de Artemisia, la reina de Halicarnaso que combatió del lado persa. ¿Dio resultado la ironía? Nosotros no sabremos nunca si los oyentes y lectores de Heródoto sonrieron con la historia, si se disputaron por la libertad de tono de Heródoto o, si por el contrario, apreciaron que un poeta se mofara de los honores otorgados por las instituciones de la ciudad. Sin embargo, no es vano plantear la pregunta a los especialistas del pasado, los historiadores, que en su investigación de la realidad pasada no pueden evitar posicio-

¹ Ἐν δὲ τῇ ναυμαχίᾳ ταύτῃ ἤκουσαν Ἑλλήνων ἄριστα Αἰγινήται, ἐπὶ δὲ Ἀθηναῖοι. ἀδρῶν δὲ Πολύκριτός τε ὁ Αἰγινήτης καὶ Ἀθηναῖοι Εὐμένης τε (ὁ) Αναγυράσιος καὶ Ἀμεινίης Παλληνεύς, ὃς καὶ Ἀρτεμισίην ἐπεδίωξε. Εἰ μὲν νῦν ἔμαθε ὅτι ἐν ταύτῃ πλέει Ἀρτεμισίη, οὐκ ἂν ἐπαύσατο πρότερον ἢ εἰλὲ μιν ἢ καὶ αὐτὸς ἦλω. Τοῖσι γὰρ Ἀθηναίων τριηράρχοισιπαρεκεκέλευστο, πρὸς δὲ καὶ ἄεθλον ἕκειτο μύρια δραχμαί, ὃς ἂν μιν ζῶην ἔλη. δεινὸν γάρ τι ἐποιεῖντο γυναῖκα ἐπὶ τὰς Ἀθήνας στρατεύεσθαι. Αὕτη μὲν δὴ, ὡς πρότερον εἴρεται, διέφυγε. ἦσαν δὲ καὶ οἱ ἄλλοι τῶν αἰ νέες περιεγεγόνεσαν ἐν τῷ Φαλήρῳ.

narse sobre las diferencias de apreciación que tal comportamiento podía suscitar: ¿Aminias era verdaderamente digno de honor? De manera más general, ¿quién decide lo que es honorable y bueno para una sociedad? ¿quién tiene el poder de expresar cómo debe comportarse cada uno?

Sin duda no es inútil recordar que el debate fue planteado desde la Antigüedad: Plutarco, más de cinco siglos después de Heródoto, suscitaba ya la pregunta y la respondía con firmeza: Heródoto, afirmaba Plutarco, no hizo más que denigrar las bellas acciones de los griegos y manchar su gloria, notablemente la adquirida durante las guerras médicas:

Nuestro hombre es un escritor brillante, su prosa es bonita, sus relatos destilan gracejo y pericia, y elegancia; refiere una historia “como el aedo de antaño”, no con sabiduría, sino con un estilo armónico y pulcro. Que sí, su obra resulta atractiva y seductora para todos, pero es necesario ponerse en guardia ante la difamación y maledicencia que, como el escarabajo de la rosa, se oculta en su estilo sencillo y natural, a fin de no obnubilarnos al aceptar opiniones infundadas y engañosas sobre los estados y hombres (ἀνδρῶν) más eximios y gloriosos de Grecia (Plutarco, *Moralia* 873b-c = *De Herodoti Malignitate* 43; trad. V. Ramón Palerm modificada).

Para Plutarco la realidad es aquella de la que hablan los monumentos, considerados como pruebas tangibles y objetivas de la gloria pasada de los griegos:

Por consiguiente, ¿qué gloria y honor han deparado a los griegos estas batallas (τῶν ἀγώνων), si los lacedemonios combatían contra soldados inermes, si la batalla pasaba inadvertida al resto de los presentes, si los descendientes de cada soldado rendían homenaje a tumbas vacías, si los tripodes y altares que se levantan junto a los templos de los dioses eran cubiertos de inscripciones falsas? En suma, si Heródoto es el único que conoce la verdad mientras que todos los demás autores que han hablado de historia griega se han dejado engatusar por la fama (ἡ φήμη) de las hazañas, merced a lo extraordinarias que fueron, ¿qué más se puede decir? (Plutarco, *Moralia* 874a-b = *De Herodoti Malignitate* 43; trad. V. Ramón Palerm modificada).

Plutarco opone una historia considerada verdadera, validada por numerosos autores, las tumbas de héroes caídos en combate, los exvotos depuestos en los santuarios, al relato de Heródoto en solitario, sospechoso de transmitir una versión que ridiculiza a los griegos. El historiador debe desconfiar del historiador. Debe desconfiar de los relatos –representaciones poéticas– y preferir los *realia*.

El debate sobre el honor de los griegos frente a los persas y la memoria precisa en la que participa el historiador es efectivamente un debate sobre el poder de los relatos, de los discursos y de las palabras, en particular cuando representan relaciones de poder, en este caso entre griegos y persas, entre sistema cívico y sistema monárquico, entre hombres y mujeres. Se podría de alguna forma resolver el problema decidiendo que Heródoto está aislado en su enfoque y, siguiendo a Plutarco, contentarse con clasificarlo como un horrible anarquista que despliega una actitud contestataria y anticívica. Heródoto se burlaría de la tradición de los honores, pero, si su posición es excepcional, ¿qué valor concederle? ¿por qué prestarle atención? ¿puede uno, al contrario, preguntarse si es necesario simplemente sonreír ante la pulla herodotea o bien considerarla un indicio significativo? ¿no sería la señal de

que se marcaban ciertas distancias, ya a mediados del siglo V, en el momento de redacción de las *Historias*, con los honores cívicos otorgados unos cuarenta años antes? ¿la pregunta planteada por el historiador no es, entonces, saber si Heródoto es el único en pensar –si es que lo piensa– lo que dice, si sus palabras son falsas, sino si los discursos oficiales sobre el buen y el mal comportamiento eran tomados en serio por el auditorio al que se dirigen? ¿las evaluaciones sociales de los actos y comportamientos de unos y otros eran tan unánimes como deja entender Plutarco?

No se pretende, en estas pocas páginas, ahondar en el tema de las nociones de honor y deshonor –vasta temática que atraviesa el campo de estudio de distinciones sociales, instituciones cívicas, comportamientos e identidades socioculturales y que ha dado lugar a numerosas publicaciones en Historia Antigua, particularmente para el período del imperio romano.² Consideremos que tanto el honor como el deshonor son etiquetas sociales, resultado de una evaluación colectiva y que atañen a un individuo en particular o a una colectividad. El honor o el deshonor, bajo forma de marcas de prestigio o de marcas infamantes, participan en la jerarquización social de individuos que son así situados en una escala que va de más (honor) a menos (deshonor). Esta etiqueta social es el resultado de una evaluación colectiva que se basa, la mayoría de las veces, en varios criterios: son tenidos en cuenta consideraciones o realizaciones conformes o no a las expectativas sociales ligadas al tipo de individuo: en efecto, un ciudadano adulto y una ciudadana adulta no deben comportarse de la misma manera; un hoplita o un no combatiente no están sometidos a los mismos mandatos. Desde el punto de vista del historiador que trabaja sobre las huellas del pasado, el honor (se traduce así el término *timē*) aparece bajo forma de signos verbales y/o visuales –a veces inscritos en piedra–, bajo forma de actos y objetos (donación de una corona, obtención de un lugar preferente en el teatro, privilegios fiscales, obtención del título de benefactor (evérgeta), erección de una estatua, etc.), y/o, en fin, lo que va a interesarme en este artículo, la inclusión del nombre en un catálogo destinado a la memoria colectiva. Dicho de otra forma, el discurso antiguo del poeta historiador es una forma de honor, una forma de sanción colectiva y así una forma de poder social que puede –o no– entrar en conflicto con otras prácticas discursivas que evalúan a los individuos.

Los poetas épicos cantaron la gloria (*kleos*) de los héroes, ensalzando su *aristeia*. Gracias al canto del aedo, la gloria se difunde en el espacio y en el tiempo. Los relatos de Homero y de la tradición épica en general atestiguan el deseo de memorizar hechos del pasado realizados por ciertos hombres y mujeres (a menudo personajes ficticios de reyes y reinas, pero no únicamente): Aquiles, Agamenón, Andrómaca, Helena, Heracles, Nausicaa, Penélope, etc. Estos relatos se compusieron para atestiguar, en lo que concierne a los hombres, la gloria de individuos designados como héroes (ἄνδρες, ἥρωες).

Aquiles prefiere, como es sabido, una vida corta y gloriosa, la fama, más que una vida larga y oscura. Morir joven ofrece una contrapartida inestimable: la vida eterna de la gloria cantada por los aedos es eventualmente transformada en una práctica

² Mencionaré, por citar trabajos en curso, los llevados a cabo en la Université de Rennes II en torno a Henri Fernoux y Christophe Badel (notablemente porque han sido el origen de este artículo, del cual una versión preliminar fue presentada en uno de sus seminarios el 31 de mayo de 2013), así como los emprendidos por Anna Heller y Onno Van Nijf en el marco de un proyecto colectivo internacional (Honneurs civiques. La politique des honneurs dans les cités grecques à l'époque impériale – Ier-IIIème siècles après J.-C. - <http://www.honneurs-civiques.org/>).

cultural (Nagy 1994: 389-392). Cuando los poetas épicos cantan así las proezas y contribuyen a una jerarquización de conductas y comportamientos, dicen formular una sanción divina: ellos son la voz de los dioses transmitida por las Musas. Tal preocupación por la conmemoración no está ausente del texto de Heródoto, como explicita el prólogo (Calame 2000). Poeta historiador nacido hacia 485 en Halicarnaso, que visitó Atenas hacia 445, se instaló en Turios, en Italia del sur, hacia 444 y murió hacia 423, comienza así su relato:

Heródoto de Turios expone (ἀπόδειξις) aquí sus investigaciones (ἱστορίης) para impedir que lo que han hecho los hombres, con el tiempo, se olvide de la memoria y que grandes y maravillosos logros (ἔργα μεγάλα), realizados tanto por los bárbaros como los griegos, queden sin gloria (ἀκλέα).

El relato de aquel al que Cicerón calificará de primer historiador³ es, como el canto del aedo, un relato compuesto para conservar la huella de las glorias pasadas (Bouvier 2008). Sin embargo, la gloria a la que se aspira en el futuro no es ya únicamente la que identifica a los individuos (hombres o mujeres cuyo carácter ficticio, en la época, no se cuestiona), ya que puede estar ligada a actos y acontecimientos colectivos pertenecientes a un pasado próximo y familiar. Por otra parte, si los actos gloriosos constituyen siempre la trama de la narración, lo que cambia con Heródoto es el preguntarse por la veracidad de lo que ha pasado. Los relatos épicos, motivados por las expectativas del auditorio, los encargos privados y el placer del acto de la recitación y de la audición, no se plantean el problema de su exactitud. La palabra en sí del poeta era criterio de veracidad, pues, viniendo de las Musas, era percibida como palabra de autoridad (Detienne 1996: 39-52). Lo que caracteriza la historia de Heródoto, y luego aún más la de Tucídides, es el desarrollo de métodos críticos para distinguir los hechos verdaderos y los falsos, o las quimeras. Pero estos métodos críticos están siempre sometidos a interpretación y ninguno escapa al riesgo de contradicción. El historiador de esta forma se sitúa inmediatamente en el terreno del conflicto: su discurso explica su autoridad, una autoridad humana legítimamente contestable.

La elección de Heródoto supone una ruptura en relación con las prácticas discursivas de los poetas épicos. El nuevo paso es el de la investigación: ¿cómo han pasado realmente las cosas? Se trata de consignar acontecimientos, hechos, actos, en un marco cronológico ritmado por las generaciones, los “después” y los “antes”. Desde este punto de vista se dirá que la palabra de Heródoto está comprometida: compromete la responsabilidad de su autor, quien pretende establecer el vínculo entre acontecimientos *a priori* diversos y desprovistos de inteligibilidad para situarlos en una sucesión lógica. El hilo director son las guerras médicas, de las cuales el historiador va a buscar la causa: entre los actos de los hombres (*anthrôpoi*) que hay que recordar, aquello que centra su atención es “en particular lo que fue causa de que griegos y bárbaros entraran en guerra los unos con los otros” (*proemion*).

Las hazañas no son hazañas del presente, sino las realizadas por individuos, griegos y bárbaros, pertenecientes al presente de los padres y abuelos de Heródoto.

³ Heródoto es el padre de la Historia pero, en este sentido, su forma de escribir historia había sido superada ya en tiempos de Cicerón: “Hay todavía en Heródoto, el padre de la Historia (*patrem historiae*), y en Teopompo, una infinidad de leyendas (*fabulae*)” (Cicerón, *Leyes*, I 1.5).

Heródoto debe buscar las pruebas de la veracidad de su discurso en la memoria oral de sus contemporáneos, aquellos que han vivido los acontecimientos o han oído hablar de ellos.⁴ Así, las *Historias* constituyen la puesta por escrito de todo un material acumulado como logógrafo, puesta por escrito que Heródoto explicita utilizando los verbos *legein* y *graphein*. Haciendo esto se dirige no solamente a su auditorio del presente, sino también a las generaciones futuras de lectores de su obra (Rösler 2008). El *kleos* que pone en escena es tan duradero como el *kleos* épico. Comprometido en su relato con un objetivo preciso (la gloria de individuos y ciudades) y una narración orientada (la investigación de la causa de las guerras médicas), Heródoto arbitra –como un *histôr*– en la competición de los relatos recibidos. Arbitra, o deja que el lector arbitre, en las diferentes percepciones de lo que fue dichoso o no, bueno o malo, honorable o deshonoroso, glorioso o infamante. Él mismo, de cara a sus fuentes, está en posición de conceder el honor de la memoria gracias al relato que compone para la posteridad. Aminias de Palene, en efecto, es a la vez un ateniense honrado por sus compañeros e indirectamente deshonorado por el relato de Heródoto. Encarado con tal conflicto de memoria, el historiador contemporáneo es capaz de usar su poder de arbitraje en un relato que le compromete, a él también, en una práctica ética y política. Para hacerlo, es necesario que haya conciencia de la pluralidad de discursos en liza y de las cuestiones políticas que cada uno defiende más o menos explícitamente. Tal es el tema de este artículo, que intenta desvelar los posicionamientos ideológicos de las prácticas discursivas en disputa. Dos discursos se contraponen a propósito de Aminias, el de las instituciones militares y el de Heródoto. Cada uno de estos discursos defiende un orden social específico y antagonista que, en este caso, es un orden de género: ¿qué lugar desean conceder los griegos del siglo V a las mujeres que ocupan una posición dominante? ¿qué lugar desean dar al sexo de los individuos? ¿por qué el deshonor de Aminias corresponde a la gloria de Artemisia? ¿cómo el menosprecio de Artemisia lava de toda vergüenza a Aminias y restaura su honor militar? ¿por qué Heródoto tiene tal discurso, opuesto al de sus casi contemporáneos implicados en la batalla de Salamina? ¿es el indicio de que el orden de los géneros defendido por los trierarcos atenienses no es tan unánime como podría creerse a partir de la tradición dominante que recuerda Plutarco?

EL HONOR DE AMINIAS, UNO DE LOS VALIENTES DE SALAMINA

Según Heródoto, Aminias de Palene es un ateniense que fue honrado por los griegos en virtud de su buena conducta en Salamina:

En esta batalla naval los griegos que más elogios recibieron (ἤκουσαν Ἑλλήνων ἄριστα) fueron los eginetas, seguidos de los atenienses; y, entre los hombres (ἀνδρῶν), el egineta Policrito y los atenienses Éumenes de Anagirunte y Aminias de Palene, el personaje que, precisamente persiguió a Artemisia (VIII 93; trad. C. Schrader modificada).

Dos ciudades solamente han sido honradas entre las ciudades griegas, Egina y Atenas. Un egineta lo ha sido a título individual, así como dos atenienses, entre los

⁴ Jan Vansina, antropólogo belga que enseña en los Estados Unidos, recuerda que la historia oral integra solamente tres generaciones (Vansina 1961 y 1985).

cuales Aminias, del demo de Palene. Este hombre es “aquel que persiguió a Artemisia”.

Consideremos en principio a los eginetas. Enemigos tradicionales de Atenas, hasta el punto de que habrían estado dispuestos a aliarse con los persas en 491, constituían una parte importante de la flota griega movilizada para la segunda guerra médica. Los eginetas reunieron en efecto treinta naves, pero otras ciudades estuvieron más presentes: los corintios aportaron cincuenta naves y, sobre todo, los atenienses, que con ciento ochenta trirremes representan cerca de la mitad de la flota griega (Strauss 2004: 79). Se explica en general el elogio relativamente inesperado de Egina por la hipótesis de una tradición filoeginética que el historiador habría plasmado en la conclusión de su relato sobre Salamina, sin sentir la necesidad de contestar los honores que los eginetas se dirigen a sí mismos. En esta hipótesis, el historiador de Halicarnaso se contentaría entonces con recordar una de las tradiciones más difundidas por Grecia. En esta versión, que presenta como siendo la de los combatientes de Salamina (Heródoto VIII 124, que reenvía a VIII 93), los atenienses no obtienen más que el segundo lugar. El lector de Heródoto puede empero sorprenderse; Heródoto había señalado que, según él, en Salamina los atenienses habían “salvado Grecia” (VIII 139). La opinión de Heródoto no es la opinión mayoritaria, en todo caso la opinión “oficial” de las instituciones militares.

En lo que concierne a los honores individuales, son sin sorpresa un egineta y dos atenienses quienes se llevan las distinciones. El egineta Polícrito pertenece a una familia conocida, puesto que su padre, Crío, formaba parte de los notables de la ciudad llevados como rehenes a Atenas bajo la dirección de los espartiatas, justo antes de la primera guerra médica, a fin de asegurar la fidelidad de una ciudad que había ya aceptado la sumisión ante los heraldos de Darío.⁵ Durante la batalla de Salamina, Polícrito habría logrado la proeza de recuperar sobre un navío de Sidón, a Piteas, elegido como botín de guerra por los persas en la batalla de Esciatos (Heródoto VII 179-182), no sin haber desafiado previamente a Temístocles en nombre del odio ancestral que enfrentaba a eginetas y atenienses (Heródoto VIII 92).

Entre los dos atenienses honrados después de Salamina, Aminias de Palene es el único que nos interesa. Mientras que su compatriota no es conocido más que por esta mención de Heródoto, Aminias aparece en otros lugares en Heródoto y también en autores posteriores.⁶ En la *Vida de Temístocles*, Plutarco escenifica el épico combate que tuvo lugar, según él, en Salamina, y que opuso a Ariamenes y a Temístocles (14.3-4). Ariamenes –probable equivalente del Ariabignes de Heródoto (Bowie 2007: 180)– es el jefe de la flota jonia y caria. El mando general de la flota persa ha sido confiado, explica Heródoto, a cuatro generales: Ariabignes, hijo de Darío, a cargo de las naves jonias y carias, Aquemenes, otro hijo de Darío, para las naves egipcias, y otros dos jefes, Prexaspes y Megabazo, para el resto de la flota (VII 97). Según Plutarco, Ariamenes, hermano de Jerjes, murió ahogado, pero era valiente

⁵ Heródoto VI 49-50 cuenta cómo Crío, hijo de Polícrito de Egina, denuncia en la actitud espartiatas una lealtad al dinero de los atenienses. Crío es entregado como rehén a Atenas por Cleómenes: VI 73. Cf. VI 85-93 sobre la guerra entre Atenas y Egina que siguió a esta entrega de rehenes.

⁶ Éumenes de Anagironte aparece en el *Lexicon of Greek Personal Names II* (Osborne, Byrne 1994), como Aminias de Palene (32). Aminias, citado igualmente en Heródoto VIII 84, es mencionado por Plutarco (*Catón*, 19.2 y *Temístocles*, 14.4, con un demótico incorrecto). Davies 1971: 683 cita asimismo autores posteriores (Diodoro, Aristodemo, [Temístocles] *Carta* 11), que le hacen hermano de Esquilo. Sobre estos textos, véase Radt 1985: 46-48.

(*agathos*), tan valiente como puede serlo un enemigo temible. En la medida en que el Gran Rey Jerjes permanece en la costa, Ariamenes *alias* Ariamanes es el héroe de envergadura, el único digno de ser combatido por el jefe de la flota ateniense, Temístocles. A bordo de una gran nave, Ariamenes dispara flechas y jabalinas y tiene reputación de ser el más bravo y el más justo de todos los hermanos de Jerjes. Puesto que se enfrenta directamente a Temístocles, el combate tiene un aire de duelo heroico, visto que el navío de Ariamenes es comparado con una muralla, como la de Troya, desde donde partían los golpes de los valerosos sitiados contra los aqueos.

Sin embargo, no es Temístocles, sino otros héroes, Aminias de Decelia y Socles de Palene, dos atenienses, quienes tienen el honor de derrotar al jefe persa. La valentía del persa no le falla, pero, al emprender el abordaje, es rechazado por las lanzas de los dos griegos, que le envían así al mar. Para todos los comentaristas del pasaje, este Aminias no es otro que el de Heródoto.⁷ En efecto, en VIII 84, en el momento del relato de la batalla de Salamina, Heródoto hace alusión al discurso pronunciado por Temístocles, a la orden dada por el estratega de subir a las trirremes precisamente en el momento en el que el navío que había salido a buscar a los eginetas llega al lugar del combate, y describe el primer choque:⁸

Los bárbaros les atacaron inmediatamente. Los griegos comenzaron todos a recular y a aproximarse a la costa, pero un ateniense, Aminias de Palene, avanzó y se lanzó sobre un navío enemigo; como se quedó enganchado a su adversario y ni el uno ni el otro podían liberarse, las otras naves griegas vinieron al rescate y la lucha se desencadenó. Así fue, dicen los atenienses, como comenzó la batalla; pero, según los eginetas, fue el navío que había sido enviado a buscar a los Eácidas a Egina quien abrió las hostilidades. Se cuenta también otra cosa, una aparición que, bajo la forma de una mujer, exhortó a la armada griega con una voz tan fuerte que todos la oyeron y que pronunció en principio este reproche: “Infelices, ¿hasta cuándo seguiréis retrocediendo vuestras naves?”.

El golpe inicial es disputado entre Aminias de Palene y el navío egineta, como si los dobles honores votados al final de los combates se apoyaran en este episodio. En efecto, si Heródoto evoca la muerte de Ariabignes, el hermano de Jerjes que sucumbió “con personajes importantes de los persas, los medos y sus aliados” (VIII 89) – probablemente por ahogamiento pues, contrariamente a los griegos, no sabían nadar–, el episodio no se asocia en Heródoto con proeza alguna de Aminias. Éste no aparece más que al principio del ataque y, después, en el momento en que los griegos otorgan los honores.⁹

Según W. Kendrick Pritchett (1971-1991), la concesión de honor cívico en la guerra obedece a un ritual preciso: se trata de lo que él identifica como *aristeion*, el honor acordado por un voto formal y destinado ya sea a una ciudad –ejército cívico–, ya a un individuo, para recompensar una conducta particularmente valerosa en la batalla. El término *aristeion* se asocia a menudo con el de *andragathia* y la fuente principal de esta práctica es Heródoto, quien por sí solo da más ejemplos que todas las demás fuentes del siglo V, dice Pritchett. Sin embargo, la comprensión del ritual

⁷ Plutarco confunde sin duda los demóticos, puesto que en Heródoto Aminias es de Palene. Todos los historiadores coinciden en que se trata del mismo hombre: en último lugar, la edición de Bowie 2007.

⁸ Sobre este relato, léase en paralelo Esquilo, *Los Persas*, 388 ss.

⁹ Según algunas fuentes, Aminias habría sido un hermano de Esquilo (cf. *supra* n. 6).

es bastante pobre: no se sabe muy bien cómo se toma la decisión, pues la única mención concierne a una votación realizada tras la batalla de Platea. Allí, los estrategos griegos reunidos en torno al altar de Poseidón son llamados a votar. Como cada uno ha votado por sí mismo, dice Heródoto, y todos han colocado a Temístocles en segunda posición: Temístocles es, pues, el único en ser finalmente honrado (Heródoto VIII 123). La anécdota subraya a la vez la competencia y la rivalidad por el honor –el episodio de Salamina alude de manera indirecta a la rivalidad entre Egina y Atenas–, así como el valor de Temístocles, el único en ser reconocido por todos. Otra vez Temístocles es de nuevo honrado tras una votación, pero es en Esparta y es una votación del conjunto de los espartiatas que ha tenido lugar fuera del campo de batalla, en contexto cívico (Heródoto VIII 124).

Pritchett evoca los premios atribuidos como marca de honor. Son elogios (discursos), una corona, dinero o una parte de botín más importante que la distribuida a otros soldados lo que Heródoto evoca explícitamente (IX 80-81). Se conoce un poco mejor lo que pasa en épocas posteriores, donde, en Atenas por ejemplo, son la corona y una panoplia lo que se ofrece al individuo honrado (Pritchett 1974: 278-279). Sea como fuere, el *aristeion* es sobre todo de orden simbólico. En Heródoto, es claro que la gloria se manifiesta por la integración del nombre en el relato de las *Historias*. No se trata ya entonces de una gloria cívico-militar emanada de procedimientos institucionales colectivamente asumidos, sino de la gloria panhelénica y universal que procede de la palabra solitaria del poeta-historiador. Heródoto, significativamente, eligió nombrar o silenciar el nombre de los personajes de su relato.¹⁰

Sin embargo, entre los discursos de honores establecidos por las instituciones militares y el pronunciado por el historiador árbitro, existen convergencias. Así, el vocabulario del elogio cívico está prestado directamente de la tradición heroica en la cual el historiador se integra. En los dos casos, se habla de *aethlon*, de *aristeia*, dicho de otra forma, de la proeza y de la excelencia, nociones características de la poesía de elogio. La referencia explícita es a la cultura de guerra desarrollada en el marco de las ciudades, un marco que no es ya aquel de la epopeya misma, si bien toma prestadas de ésta referencias gloriosas (Loraux 1975; Vernant 1987; Garland 1993). Los códigos de buena y mala conducta parecen bien conocidos, como recuerda la historia de Aristodemo en las Termópilas y en Platea y que cuenta Heródoto (VII 229-231; IX 71). La primera vez, acusado de abandono del puesto por no haber estado en él en el momento del combate, Aristodemo regresa a Esparta, donde sufre el menosprecio de todos y de todas. La segunda vez, lanzándose por delante de las líneas para “escapar de la culpa que pesaba sobre él”, combate como un héroe épico. Este valor no es ya recompensado, puesto que la virtud del ciudadano combatiente es la de permanecer en la fila y no salir de ella ni siquiera para realizar un acto de coraje. Aristodemo es pues, dice Heródoto, privado de honores a pesar de su gran coraje y su excelencia personal (IX 71). Él habría debido, en tanto que ciudadano (y no en tanto que héroe épico) someter su acción a una cierta disciplina moral (*sophrosunē*), teniendo en cuenta los intereses del conjunto de la colectividad. El caso de Aristodemo muestra que los dos tipos de honor no son claramente distinguibles en el espíritu de los combatientes. El individuo puede equivocarse sobre lo que está

¹⁰ En VIII 85 Heródoto explica que él es dueño de dar o no los nombres de quienes combatieron en Salamina. Sobre esta importancia de la nominación de individuos en un contexto de búsqueda de gloria o de honor me permito enviar a Sebillotte 2009.

bien y lo que está mal: la competencia por los honores es también la competencia entre diferentes tipos de honor. Ahora bien, según Heródoto, los griegos de Salamina, al elegir honrar a Aminias, se han equivocado también: Aminias no es un héroe, sino un antihéroe. El verdadero héroe de la batalla no es ni ateniense ni egineta, es halicarnasio: es Artemisia. Esto es afirmado por el árbitro historiador no porque haya ampliado su campo de visión al conjunto de los discursos y los comportamientos competitivos en el espacio-tiempo de las guerras médicas, sino porque sabe que la batalla fue un combate furioso (Heródoto VIII 84 por ejemplo) y que nadie sabe exactamente lo que pasó. Él, beneficiándose de su posición de narrador, puede elegir aislar un acontecimiento que le parece de una importancia histórica. Pero lo que es histórico para él –y particularmente significativo (*thôma*)–, es la presencia de la reina Artemisia en el combate. Y esta presencia basta para deshonorar a los atenienses, notablemente al mejor de entre ellos, Aminias.

LA GLORIA DE ARTEMISA O EL DESHONOR DE AMINIAS

¿Qué ha pasado en Salamina? Al hacer alusión a Artemisia perseguida por Aminias (en el pasaje citado al principio de este artículo), Heródoto reenvía al lector a su propio relato, algunos párrafos antes de la historia de los premios otorgados a los mejores combatientes, el pasaje en el que ha contado la batalla de Salamina, a su manera. Después de que Temístocles haya dado el orden de atacar, Aminias ha lanzado su nave al combate, a menos que sea el egineta, y después ha llegado la confusión. En este momento del ataque, Heródoto cuenta que tuvo lugar una “aparición que, bajo la forma de una mujer, exhorta al ejército griego con una voz tan fuerte que todos la oyeron y que pronunció en principio este reproche: ‘Infelices, ¿hasta cuándo haréis retroceder vuestras naves?’” (Heródoto VIII 84). No es raro que un héroe local o una divinidad aparezca para exhortar a los combatientes o para participar en el combate.¹¹ En este caso, los comentaristas están de acuerdo en identificar la aparición con Atenea u otra divinidad.¹² El hecho es que su voz la distingue de los mortales y que su actitud recuerda el tono de las madres espartiatas o el de la Praxitea de Eurípides, dispuesta a sacrificar a su hija para salvar a su patria.¹³

Aminias es sobre todo quien persigue la nave de Artemisia en el paso de Salamina. Heródoto es el único en contar este episodio que él intercala en su relato de la batalla naval. Todo hace pensar que el episodio es pura ficción, incluso si la presencia de Artemisia al frente de una flotilla no lo es. Artemisia es uno de los jefes del contingente naval, en calidad de dinasta de Halicarnaso (una ciudad griega aliada del Rey en el marco de la Jonia de los años 490-480). Halicarnaso era entonces una ciudad suficientemente poderosa como para dominar algunas islas vecinas (Cos, Nisiro y Calimno). Por esta razón, Artemisia dirige una pequeña flota de algunos barcos. Es igualmente por esta razón por lo que ella es citada en un texto probablemente compuesto en la primera mitad del siglo III a.C. y que parece un prodigio de erudición, la carta apócrifa que habría escrito el hijo del médico Hipócrates para

¹¹ Así, en Maratón, una aparición interviene en el combate, dice Heródoto (VI 117). En la preparación de la batalla de Salamina, los héroes de la isla y las diosas eleusinas manifiestan su apoyo (VIII 64-65).

¹² Véase A. Barguet en la edición Folio Gallimard, así como el comentario de Bowie 2007: *ad loc.*

¹³ El caso de las exhortaciones de mujeres para incitar a los hombres en la guerra está particularmente desarrollado en Plutarco. Sobre este tema, véase Schmitt Pantel 2009a, 2009b y 2010.

incitar a los atenienses a constatar, en plena guerra del Peloponeso, la buena helenidad de las gentes de Cos.¹⁴

En el relato de Heródoto sobre Salamina, la reina participa directamente en la batalla. Perseguida por las naves atenienses y habiendo perdido toda esperanza de escapar, vira repentinamente y hunde el navío que estaba más próximo, el que dirige Damasitimo, el rey de los calindios, otro aliado –como ella– del Gran Rey. Este acto, a la vez *kakon*, malo, porque asesta un golpe fatal a un aliado, y dichoso, *eutuchiê*, porque permite salvar la vida de Artemisia, tiene consecuencias inesperadas. Primero, sus perseguidores, que no han identificado su nave, concluyen que se trata bien de un navío de su alianza o bien un navío bárbaro que habría cambiado de bando. Abandonan, pues, la persecución. Segundo, el ataque que ha permitido quizá a la reina ajustar una disputa personal con Damasitimo, le vale la más alta estima de Jerjes, que cree, porque ha logrado identificar a Artemisia, que ella ha hundido un navío griego. Heródoto admira el quiproquo y la suerte de la que se beneficia la reina: “De la nave calindia, nadie escapó para acusarla”. Y Jerjes puede concluir por su parte: “mis hombres se han convertido en mujeres y las mujeres en hombres” (Heródoto VIII 87-88). La frase hace evocar dos estereotipos característicos de contextos de guerra o de parodias guerreras (como en la escena cómica): los bárbaros (los enemigos en general) son malos en el combate; en el caso de los bárbaros (los enemigos en general), las mujeres dominan.

La cuestión crematística por la captura de la reina es importante.¹⁵ Diez mil dracmas, la recompensa ofrecida en Atenas por coger viva a Artemisia, representa una suma correspondiente a más de cuarenta kilos de plata. Es aproximadamente el montante de tributo que la ciudad de Halicarnaso debe cada año a Atenas en el momento es que Heródoto escribe sus *Historias*. La cuestión política e ideológica no es menos importante: si se cree al historiador, se trata de hacer añicos a quien, según los atenienses, les burla en el mar, en el combate. Heródoto señala más lejos la fama militar de la reina: en la batalla naval precedente, la de Artemisio, la reina había ya destacado (VIII 68). Desgraciadamente Heródoto se muestra poco elocuente sobre este choque. No se sabe quién dio las órdenes concernientes a la captura de la reina. No se sabe si se trata de una resolución de la Asamblea o si los estrategos han impuesto esta directiva a los jefes de las naves, los trierarcos.¹⁶ El hecho es que la pro-

¹⁴ [Hippocrate] *Presbeutikos* (= *Epistulae* 27), 5; véase Jouanna 1984; Nelson 2005.

¹⁵ Aun cuando apreciar esta suma invita a hacer comparaciones justificadas y tales justificaciones son difíciles de establecer. Según Hoffmann 2010: 29, la suma es, al contrario, de valor “módico”: “Diez mil dracmas es el equivalente de un talento (6000 dracmas) y 40 minas (1 mina = 100 dracmas). A título de comparación, extraída de Heródoto mismo, Temístocles da a Euríbiades cinco talentos y envía al corintio Adimanto tres talentos para convencerles de permanecer en el cabo Artemisio (VIII 5); a Milcíades se le impone una multa en 489 de cincuenta talentos por haber engañado a los atenienses tras su derrota en Paros (VI 136)”. Según Bowie 2007: 182, la suma corresponde a 27 años de empleo a tiempo completo de un soldado o de un obrero del siglo V, lo que es considerable.

¹⁶ Una cuestión tratada por Hoffmann 2010: esp. 26-28, pero a la cual no puede darse respuesta. En cuanto a una motivación, que sería la de traición en relación a los “hermanos” griegos que se oponen a Jerjes, yo no seguiría el razonamiento en la medida en que otros griegos están en el mismo caso: así, en el momento del relato de la batalla de Artemisio, Heródoto cita el caso de Antidoro de Lemnos, el único de los griegos al servicio del Rey que cambia de campo para unirse a los atenienses, quienes le gratifican con una propiedad en la isla de Salamina (VIII 11). Por otra parte, después de Salamina Heródoto comenta la actitud de los jonios, exhortados por Temístocles a abandonar el bando persa: “fueron poco numerosos los que flaquearon voluntariamente, como Temístocles les había pedido; la mayoría no hizo nada”. Y cita dos capitales de naves, Teoméstor, hijo de Androdamas, y Filaco, hijo de Histieo, dos samios, que capturarán

clamación tiene forma oficial: concierne a las instituciones atenienses, los magistrados en el cargo o los ciudadanos situados al mando en tanto trierarcos. En la batalla de Salamina, Heródoto recuerda, con medias palabras, que, según él, el asunto era doble: se trataba a la vez de conducir una guerra contra los persas, lo que todo el mundo sabe y lo que todos recuerdan ya a mediados del siglo V, pero se trataba igualmente, como se comprende al final del relato por la mención del premio ofrecido, de conducir una guerra contra Artemisia. Esta última guerra no atañe más que a los atenienses, presentados por el historiador, según las palabras de Geneviève Hoffmann (2010: 29), como “defensores de la imagen tradicional de la mujer”. ¿Por qué ellos?

Comparemos ahora los dos pasajes que evocan a Artemisia, reproduciendo el citado al principio de este artículo (Heródoto VIII 93) y añadiendo el que justifica la presencia de Artemisia en el relato de Heródoto (Heródoto VII 99):

En la batalla naval que nos ocupa los griegos que más elogios recibieron fueron los eginetas, seguidos de los atenienses; y, a título individual, el egineta Polícrito y los atenienses Éumenes de Anagirunte y Aminias de Palene, el personaje que, precisamente persiguió a Artemisia. Por cierto que, si hubiera sabido que a bordo de aquella nave iba Artemisia, no habría cejado hasta haberla apresado o hasta haber sido hecho prisionero él, pues esa era la orden que habían recibido los trierarcos atenienses; es más, incluso se había ofrecido una recompensa de diez mil dracmas para quien la capturase viva, ya que consideraban algo inadmisibles que una mujer hiciera la guerra a Atenas. Sea como fuere, Artemisia, como he dicho hace poco, logró escapar; y también se encontraban en Falero todos aquellos bárbaros cuyas naves se habían salvado (VIII 93; trad. C. Schrader).¹⁷

Bien, no cito acto seguido a los demás oficiales, pues no veo necesidad. Sin embargo, quiero mencionar a Artemisia, una mujer que tomó parte en la expedición contra Grecia y por quien siento una especial admiración, ya que ejercía personalmente la tiranía (pues su marido había muerto y contaba con un hijo todavía joven), y tomó parte en la campaña, cuando nada la obligaba a hacerlo, impulsada por su bravura y arrojo. Como he dicho, se llamaba Artemisia y era hija de Lígdamis, siendo oriunda de Halicarnaso, por parte de padre, y cretense por parte de madre. Imperaba sobre Halicarnaso, Cos, Nisiro y Calidna, y aportaba cinco navíos. Precisamente, las naves que aportó eran las más celebradas de toda la flota –después, eso sí, de las de Sidón–, y, de entre todos los aliados de Jerjes, fue ella quien dio al monarca los más atinados consejos. Quiero, asimismo, puntualizar que la población de las ciudades sobre las que, como he indicado, imperaba Artemisia, es doria en su totalidad, pues los halicarnaseos son originarios de Trecén, mientras que los demás lo son de Epidauro (VII 99; trad. C. Schrader).¹⁸

ambos naves griegas. En recompensa Jerjes dio la tiranía de Samos al primero y honores y una gran propiedad al segundo.

¹⁷ Ἐν δὲ τῇ ναυμαχίᾳ ταύτῃ ἤκουσαν Ἑλλήνων ἄριστα Αἰγινήται, ἐπὶ δὲ Ἀθηναῖοι. ἀδρῶν δὲ Πολύκριτός τε ὁ Αἰγινήτης καὶ Ἀθηναῖοι Εὐμένης τε (ὁ) Ἀναγυράσιος καὶ Ἀμεινίης Παλληνεύς, ὃς καὶ Ἀρτεμισίην ἐπεδίωξε. Εἰ μὲν νυν ἔμαθε ὅτι ἐν ταύτῃ πλέοι Ἀρτεμισίη, οὐκ ἂν ἐπαύσατο πρότερον ἢ εἰλὲ μιν ἢ καὶ αὐτὸς ἦλω. Τοῖσι γὰρ Ἀθηναίων τριηράρχοισιταρεκεκέλευστο, πρὸς δὲ καὶ ἄεθλον ἔκειτο μύρια δραχμαί, ὃς ἂν μιν ζῶν ἔλη. δεινὸν γάρ τι ἐποιεῖντο γυναῖκα ἐπὶ τὰς Ἀθήνας στρατεύεσθαι. Αὕτη μὲν δὴ, ὡς πρότερον εἴρεται, διέφυγε. ἦσαν δὲ καὶ οἱ ἄλλοι τῶν αἰ νέες περιεγεγόνεσαν ἐν τῷ Φαλήρῳ.

¹⁸ Τῶν μὲν νυν ἄλλων οὐ παραμείνηται ταξίαρχον ὡς οὐκ ἀναγκαζόμενος, Ἀρτεμισίης δέ, τῆς μάλιστα θῶμα ποιεῖμαι ἐπὶ τὴν Ἑλλάδα στρατευσάμενης γυναῖκός, ἥτις, ἀποθανόντος τοῦ ἀνδρὸς αὐτῆ τε ἔχουσα

A los ojos de los atenienses, Artemisia suscita un enorme asombro, no un *thôma*, que es un asombro admirativo o maravilloso (es la palabra que Heródoto utiliza para presentarla, pues, a sus ojos, su intervención es del orden del *thôma*: un hecho excepcional, formidable, casi divino), sino un *deinon*, una sorpresa espantosa, incluso ofensiva. El término es difícil de traducir, pues puede designar a la vez un miedo banal, que puede hacer sonreír a algunos, pero asimismo una transgresión social, incluso divina, un hecho aterrador. Es claro que es por ser una mujer por lo que Artemisia suscita la indignación de los atenienses. No es porque combata al lado de los persas, ya que muchos otros griegos lo hacen.¹⁹ Lo que constituye el carácter excepcional de Artemisia, el estatuto que la califica de *thôma/deinon*, es que ella es una mujer (*gunê*) que interviene en una esfera masculina.

Proponiendo un premio, *aethlon*, por la captura de Artemisia, los atenienses inscriben el asunto de esta persecución en el marco cultural de las competiciones que distinguen a los héroes.²⁰ Pero, ¿cuál es el modelo de la guerra conducida contra una mujer presente en el campo de batalla o, más generalmente, contra las mujeres que combaten en la guerra? Es, por supuesto, la Amazonomaquia. Los atenienses invocan esta hazaña colectiva en el discurso que pronuncian frente a los tegeatas en Platea (Heródoto IX 27): merecen, dicen, el segundo lugar de honor en la falange – después de los espartiatas, cuya primacía no se discute –, porque han realizado grandes proezas, entre ellas el famoso combate contra las amazonas. En la época de Heródoto, en los años 430-420, una serie de representaciones figuradas a mayor gloria de Atenas retoman el motivo de la contienda contra las guerreras del mito: metopas del Partenón, tesoro de los atenienses en Delfos, la Stoa Pintada del ágora, cerámicas varias decoradas por artistas conocedores de las representaciones colectivas de su época. El combate contra las amazonas forma parte de las representaciones colectivas y cívicas de los atenienses, es más, de su programa cívico: solo las amazonas han logrado esta proeza colectivamente. Los otros que compiten con las amazonas, se llamen Heracles, Aquiles o Belerofonte, son héroes panhelénicos de los que ningún cuerpo cívico del siglo V podría apropiarse en su totalidad.²¹

En otras palabras, los triarcos, que el lector ha tomado por honestos atenienses casi contemporáneos de los oyentes que escuchan a Heródoto, se han convertido de hecho, por gracia del narrador, en personas que son tomadas, un día en Salamina, por héroes de epopeya. La anécdota del encuentro con Artemisia es así comparable a la Amazonomaquia liderada por Teseo. Por otra parte, algunos años más tarde, hacia 410 a. C., Aristófanes explicita el vínculo entre los dos combates:

τὴν τυραννίδα καὶ παιδὸς ὑπάρχοντος νεηνίω, ὑπὸ λήματός τε καὶ ἀνδρηγῆς ἐστρατεύετο, οὐδεμιῆς οἱ εὐούσης ἀναγκαίης. Οὖνομα μὲν δὴ ἦν αὐτῇ Ἀρτεμισίη, θυγάτηρ δὲ ἦν Λυγδάμιος, γένος δὲ ἐξ Ἀλικαρνησοῦ τὰ πρὸς πατρός, τὰ μητρόθεν δὲ Κρήσσα. Ἡγεμόνευε δὲ Ἀλικαρνησέων τε καὶ Κῶων καὶ Νισυρίων τε καὶ Καλυμνίων, πέντε νέας παρεχομένη. Καὶ συναπάσης τῆς στρατιῆς, μετὰ γε τὰς Σιδονίων, νέας εὐδοξοτάτας παρείχετο, πάντων δὲ τῶν συμμάχων γνώμας ἀρίστας βασιλεῖ ἄπεδέξατο. Τῶν δὲ κατέλεξα πολίων ἡγεμονεύειν αὐτὴν τὸ ἔθνος ἀποφαίνω πᾶν ἔδν Δωρικόν, Ἀλικαρνησέας μὲν Τροιζηνίους, τοὺς δὲ ἄλλους Ἐπιδαυρίους.

¹⁹ Véase *supra* n. 15.

²⁰ Hoffmann 2010: 27-28 cita con razón el discurso que opone a Temístocles y a Adimanto, un discurso establecido en el mismo registro de la competición heroica. Véase también a este propósito Sebillotte 2008.

²¹ Sobre las amazonas y su relación con los atenienses, véase Blok: 169-170, 221; Hölscher 2000; Iriarte 2002.

Si uno de nosotros ofrece un punto de presa [a estas mujeres], por pequeño que sea, nada escapará a sus manos pringosas: harán armar naves e intentarán navegar y combatir por mar contra nosotros, como Artemisia. Y si ponen sus miras en la equitación, adíes a nuestros caballeros, pues la mujer es el ser más apto para montar a caballo, y no se desliza aunque corra: mira las amazonas que pintó Micón, combatiendo a caballo con los hombres (Aristófanes, *Lisístrata*, 669-679; trad. L. Macía Aparicio ligeramente modificada).

Heródoto dispone el decorado: los atenienses de Salamina se veían, como una vez Teseo y sus compañeros, inmersos en una guerra contra una amazona que habría amenazado Atenas, esta vez su puerta marítima. Sin embargo, en Salamina, la amazona se les ha escapado. Los atenienses no son ya héroes, como lo fueron sus antepasados de la Amazonomaquia. Son simples combatientes, no tan gloriosos. Los muros pintados, las esculturas expuestas a la vista de todos y portadoras de la fiera masculina de ciudadanos-soldados pertenecen a otra época, parece decir Heródoto. Para los atenienses, el héroe oficial de la batalla naval es, pues, como Heródoto añade en un inciso para sus lectores oyentes, un héroe que ha frustrado una de sus misiones confiada por la colectividad, la captura de Artemisia. Aminias, el héroe oficial de los combatientes de Salamina aparece, en un juego poético, como el hazmerreír de una farsa heroico-cómica.

Hay que imaginar que este *logos* herodoteo está destinado a ser recitado durante concursos, a ser leído por generaciones posteriores o por habitantes alejados de las esferas de estos concursos. No es compuesto para constituir un archivo de las guerras médicas. Es compuesto para obtener la adhesión del auditorio, lo que implica que debe ser fiable no solamente desde el punto de vista descriptivo (cómo se ha desarrollado la batalla, quién estaba de cada lado, dónde estaba Jerjes, etc.), sino serlo igualmente desde el punto de vista de las referencias culturales compartidas por el auditorio. Los atenienses son creíbles en tanto ciudadanos blandiendo su Amazonomaquia como una gloria cívica y oponiéndose a toda forma de participación de una mujer en la guerra. En el contexto de la dominación ateniense, que es en el cual las *Historias* han sido escritas y recibidas, el discurso implícito e irónico de Heródoto, exagerando sobre el tema “los primeros serán los últimos”, tiene una gran actualidad: los atenienses, primeros en el orden de las instituciones cívico-militares, incluso si tal honor les es disputado por sus vecinos eginetas, primeros en la dominación sobre el Egeo, son los últimos en el discurso herodoteo sobre Salamina, al menos en lo que atañe al episodio de los honores individuales.

Dicho de otra forma, el relato de Heródoto puede comprenderse, por los oyentes, como una verdadera farsa a costa de dos “personajes”. Jerjes en primer lugar, que, aunque instalado para ver, no ve nada, no comprende nada y saca una conclusión que no le honra ni a él ni a su ejército: “Los hombres (*andres*) a mi servicio se convierten en mujeres (*gunaiikes*); y las mujeres (*gunaiikes*), en hombres (*andres*)”. Los atenienses, en fin, y de esto se habla generalmente mucho menos porque Heródoto hace alusión a ello de manera mucho más implícita o indirecta, han ganado la guerra y han sido colectivamente los salvadores de Grecia arriesgándose a abandonar el territorio, pero en cuanto han hecho de Artemisia su enemigo nacional, como las amazonas que se convirtieron desde el final del siglo VI en sus enemigas nacionales, es ella quien les ha ridiculizado finalmente.

La ironía y la ligereza del relato señalan que se trata de hacer una burla. Las instituciones, la ideología de la exclusión de las mujeres, los mitos que celebran la Amazonomachia de los atenienses, son todos objeto del sarcasmo. El hecho de que el auditorio haya sido a menudo ateniense y que Heródoto sea considerado como un amigo de los atenienses permite pensar que éstos estaban abiertos a formas de auto-crítica. El sentido del humor no debía de faltarles, como atestigua el triunfo de las comedias representadas en Atenas. Su Artemisia era, en todo caso, bien diferente a la que los otros, persas o no, habían enfrentado: ellos veían en ella una amazona, mientras que los aliados de Jerjes veían una mujer en la guerra.²² La complejidad de la actitud ateniense, capaz de entender las burlas mientras que son intransigentes sobre ciertas normas, se encuentra en la recepción que parece haberse hecho, en Atenas, del relato de Heródoto. El historiador recibe a la vez privilegios extraordinarios, puesto que fue honrado por el Consejo, a la vez que suscita fuertes reacciones de hostilidad.²³

Por otra parte, el comportamiento de Artemisia, tal como es descrito en la puesta en escena de Heródoto, no se ajusta a los códigos cívicos tradicionales de los comportamientos guerreros. Artemisia, como han subrayado otros (notablemente Munson 1988), no piensa más que en salvar su propia vida, traiciona a su aliado, miente a su jefe. No es pues Atenas, en tanto que poder dominante en el momento de la composición de las *Historias*, el único objetivo de este *logos*, sino el conjunto del discurso hoplítico sobre la guerra. Las *Historias* de Heródoto combinan, a este respecto, el testimonio sobre las normas escritas en el marco cívico y la ironía contra ellas (Munson 2001: 265). Artemisia se sitúa casi en la esfera divina: está acompañada por la *Tuché* y lleva el nombre divino de aquella que salva de los grandes peligros (Sebillote 2009: 28-32).

El *logos* de Heródoto sobre Artemisia representa así dos tradiciones honoríficas: de cara a la lógica hoplítica, Heródoto señala la pertinencia y la permanencia de otra tradición, la lógica épica y divina, en la que el sexo del individuo combatiente (héroe o dios) no es tan significativo. El hecho de que Artemisia sea mujer no supone un problema más que en la lógica cívico-hoplítica de los honores guerreros. En el contexto dinástico, que es también aquí un marco cívico, el honor se inscribe en una tradición poética que el texto de Heródoto muestra que está siempre de actualidad, incluso en Atenas.

CONCLUSIÓN: LOS HISTORIADORES Y LA FÁBRICA DEL RENOMBRE

Plutarco lo dice netamente: un solo relato es válido, el que recuerda y hace memoria de la flota de la Grecia de las ciudades en la lucha contra los bárbaros sometidos a su rey. Únicamente este relato recuerda las acciones heroicas de los griegos, de los valerosos (*andres*). Los signos de la gloria imperecedera de los griegos son monumentos, estatuas, inscripciones. La cuestión es antigua y ha hecho correr ríos de

²² En el texto de Heródoto, Artemisia es a la vez estimada y honrada: recibe honores de parte de Jerjes (VIII 88, 101-103, 107) y es admirada por Heródoto (VII 99).

²³ Plutarco, *De Herodoti malignitate*, 26, sobre los privilegios acordados a Heródoto a propuesta de Ánito, y 31 (citando a Aristófanes de Beocia, *FGrHist* 379F3), sobre las prohibiciones impuestas por los tebanos; cf. Munson 2001: 270-271.

tinta:²⁴ ¿hay que rechazar el testimonio de Heródoto? En lo que concierne a Aminias, ¿se puede elegir entre el honor y la burla? ¿cómo se impone un discurso para la posteridad?

Recordemos que para el historiador de Halicarnaso la realidad de Artemisia es incontestable y no depende de lo simbólico, sino de lo factual: Artemisia es conocida. ¿Cómo habría podido inventar Heródoto su existencia (como sugiere Fehling 1989: 127) si ha dirigido la ciudad en la generación de los padres del historiador, una época para la cual quedan testigos vivos cuando Heródoto compone y recita su relato? Recordemos también que existen otros documentos que no se preocupan de que Artemisia sea una mujer y no la consideran más que por su función: mano derecha de Darío en la carta apócrifa insertada en el corpus hipocrático ([Hippocrates] *Presbeutikos*, 5), vencida en la segunda guerra médica en la stoa persa edificada en Esparta si creemos a Pausanias (III 11.3), referente positivo para los dinastas hecatómnicas de Halicarnaso del siglo IV,²⁵ representante del valor griego del coraje en autores tardíos como Polieno (*Strategemata* VIII 53), Filóstrato (*Vita Apollonii* IV 21.2) o el anónimo *Tractatus de mulieribus Claris in Bello* (13, ed. D.L. Gera 1997).

Un discurso se impone cuando una institución es lo suficientemente poderosa para dotarlo de un valor de verdad. En el contexto de las ciudades griegas, la popularidad del relato de Heródoto y la posteridad de sus *logoi* es innegable: estos relatos son retomados por toda una tradición ligada a la descripción de hazañas individuales que culmina, por otra parte, en nuestra memoria literaria con el tratado de las *Aretai Gunaikôn* de Plutarco.²⁶ ¿Se puede entonces afirmar que es la visión tradicional de la mujer –la que impone la puesta a precio de Artemisia y el prestigio de trierarcos como Aminias– la que domina, en general, en el mundo griego? ¿se puede utilizar el relato de Heródoto únicamente como un discurso autorreferencial, sin plantear la cuestión de la investigación que hace, los hechos que registra y las opciones que toma? A partir de un hecho demasiado conocido como para haber sido inventado, la presencia de Artemisia durante la segunda guerra médica, Heródoto sin duda ha representado o contado una historia que se contaba antes de su tiempo (no olvidemos que él es de Halicarnaso, donde Artemisia debía ya de ser considerada como una heroína –al menos éste será el caso en el siglo IV), ilustrando algo significativo a sus ojos: el hecho de que ser una mujer en la guerra podía dar lugar a reacciones indignadas y a ser interpretado como una transgresión intolerable comparable al asalto de las amazonas contra Atenas.

Las ciudades de 480, la opinión de Heródoto y de Plutarco, ilustran la pugna en las normas, notablemente en el registro del género. El honor de Aminias es también un deshonor, el de haber sido engañado por una mujer. El problema de los discursos históricos producidos por la Antigüedad es que son, en general, objeto de una clasi-

²⁴ Sobre la preocupación por la verdad en Heródoto, véanse las páginas de Henri Estienne, que son comparables a las que los helenistas antropólogos escriben todavía hoy sobre el tema: *Apologia pro Herodoto* (texto latino de H. Estienne precediendo a la traducción de Heródoto al latín por Lorenzo Valla [1566]), en Boudou 2000: 353-355.

²⁵ Si se sigue la reconstitución de la galería de ancestros instalada en el Mausoleo construido por Artemisia II para su hermano-esposo difunto, Mausolo, poco después de 353 a.C.: Jeppesen 2002.

²⁶ Caronte de Cartago, *Bioi endoxôn gunaikôn*: FHG IV 360. Stadter 1965: 3-8 reenvía a las listas de obras perdidas –mas de título conocido– gracias a las compilaciones de los períodos helenístico e imperial y que acabarán en las noticias de los lexicógrafos bizantinos.

ficación por el historiador contemporáneo. Desde el siglo XVIII los historiadores se han constituido en profesionales del pasado y han elegido a menudo conceder más credibilidad a los discursos de Plutarco que a los de Heródoto (véase la presentación de Hartog 2001). La norma del historiador ha sido comúnmente calcada de la norma de las instituciones políticas y militares, la de los honores votados por las Asambleas. ¿Qué guardan pues los historiadores? ¿la norma de los dominantes y de la ideología dominante? Pero es un hecho que esta norma fue contestada por otras normas: así, el ardid es siempre provechoso, más que la disciplina hoplítica; el sexo de los individuos no tiene tanta importancia si estos individuos tienen su posición social (dinasta), etc. La historia de Aminias atestigua la conflictividad de las verdades discursivas desde el momento de su ejecución. El asunto concierne, en el episodio de Aminias, a la historia de los hombres y de las mujeres: es claro que mucho griegos pensaban que el hecho de ser de un sexo o de otro no orientaba más que marginalmente la función social asignada a los individuos y que ésta dependía, después de todo, de las convenciones propias de ciudades y pueblos.

BIBLIOGRAFÍA

- BLOK, J.H. 1995: *The Early Amazons. Modern and Ancient Perspectives on a Persistent Myth*, Leyden-New York-Cologne.
- BOUDOU, B. 2000: *Mars et les Muses dans l'Apologie d'Hérodote d'Henri Estienne*, Genève.
- BOUVIER, D. 2008: "L'Iliade d'Hérodote", en *Historiens de l'Antiquité*, Revue Europe, n° 945-946, 74-86.
- BOWIE, A.M. 2007: *Herodotus, Histories. Book VIII*, Cambridge.
- CALAME, C. 2000: "La prose d'Hérodote: discours historique ou récit poétique?", en *Le Récit en Grèce ancienne*, Paris, 111-137.
- DAVIES, J.K. 1971: *Athenian Propertied Families 600-300 BC*, Oxford.
- DETIENNE, M. 1996: *The masters of Truth in Archaic Greece*, New York (original francés de 1990).
- FEHLING, D. 1989: *Herodotus and his «Sources». Citation, Invention and Narrative Art*, Leeds (original alemán de 1971).
- GARLAN, Y. 1993: "L'homme et la guerre", en J.-P. Vernant (ed.), *L'Homme grec*, Paris, 65-102 (original italiano de 1991).
- HARTOG, F. 2002: "Plutarque entre les Anciens et les Modernes", en Plutarque, *Vies parallèles*, Paris, 9-48.
- HOFFMANN, G. 2010: "Artémise d'Halicarnasse ou la valeur d'une femme dans la bataille de Salamine (Hérodote, VII, 99 ; VIII, 68-69 ; 87-88 ; 93)", en M. Trévisi, Ph. Nivet (eds.), *Les femmes et la guerre de l'Antiquité à 1918*, Paris, 23-39.
- HÖLSCHER, T. 2000: "Die Amazonen von Ephesos: ein Monument der Selbstbehauptung", en *Agathos daimôn. Mythes et cultes. Études d'iconographie en l'honneur de Lilly Kahil*, BCH suppl. 38, 205-218.

- IRIARTE, A. 2002: *De Amazonas a ciudadanos. Pretexto gineocrático y patriarcado en la antigua Grecia*, Madrid.
- JEPPESEN, K. 2002: "Were Images of Ancestors Represented in the Maussolleion at Halikarnassos?", en J.M. Højte (ed.), *Images of Ancestors*, Aarhus, 43-48.
- JOUANNA, J. 1984: "Collaboration ou résistance au barbare: Artémise d'Halicarnasse et Cadmos chez Hérodote et Hippocrate", *Ktema* 9, 15-26.
- LORAUX, N. 1975: "Hèbè et andreaia: deux versions de la mort du combattant athénien", *Ancient Society* 6, 1-31.
- MUNSON, R.V. 1988: "Artemisia in Herodotus", *Classical Antiquity* 7.1, 91-106.
- MUNSON, R.V. 2001: *Telling Wonders. Ethnographic and Political Discourse in the Work of Herodotus*, Ann Arbor.
- NAGY, G. 1994: *Le Meilleur des Achéens. La fabrique du héros dans la poésie grecque archaïque*, Paris (original inglés de 1979).
- NELSON, E.D. 2005: "Coan Promotions and the authorship of the Presbeutikos", en Ph.J. van der Eijk (ed.), *Hippocrates in Context*, Leiden-Boston, 209-236.
- OSBORNE, M.J., BYRNE, S.G. 1994: *Lexicon of Greek Personal Names II*, Oxford.
- PRITCHETT, W.K. 1971-1991: *The Greek State at War*, I-V, Berkeley.
- RADT, S. 1985: *Tragicorum Graecorum Fragmenta*, vol. 3, Göttingen.
- RÖSLER, W. 2008: "La Genèse des Histoires d'Hérodote", en *Historiens de l'Antiquité*, *Revue Europe*, n° 945-946, 35-47.
- SCHMITT PANTEL, P. 2009a: "La religion et l'arété des femmes. A propos des *Vertus de femmes* de Plutarque", en L. Bodiou, V. Mehl (eds.), *La Religion des femmes en Grèce*, Rennes, 145-159.
- SCHMITT PANTEL, P. 2009b: "Femmes et héroïsme: un manque d'étoffe?", en *Aithra et Pandora: Femmes, Genre et Cité dans la Grèce antique*, Paris, 179-192.
- SCHMITT PANTEL, P. 2010: "Les femmes vertueuses sont-elles des héroïnes? Femmes et tyrans dans les *Gunaikon Aretai* de Plutarque", en P. Carlier, C. Lerouge (dirs.), *Paysage et religion. Mélanges en l'honneur de Madeleine Jost*, Paris, 183-193.
- SEBILLOTTE, V. 2008: "Hérodote et Artémisia, deux mêtis face à l'ordre des genres athéniens", *CLIO HFS* 27, 15-33.
- SEBILLOTTE, V. 2009: "La fabrique d'une héroïne au Ve siècle: Hérodote et Artémise d'Halicarnasse", en L. Bodiou, V. Mehl (eds.), *La Religion des femmes en Grèce ancienne*, Rennes, 19-32.
- STADTER, P. 1965: *Plutarch's Historical Methods. An Analysis of the Mulierum Virtutes*, Cambridge.
- STRAUSS, B. 2004: *The Battle of Salamis*, New York-London.
- VANSINA, J. 1961: *De la Tradition orale: essai de méthode historique*, Tervuren.
- VANSINA, J. 1985: *Oral tradition as history*, Madison.
- VERNANT, J.-P. 1987: "L'individu dans la cité", en *Sur l'individu*, Colloque de Royaumont, Paris, 20-37.

